

Ríos de Rabia

Fernando Zamora Martín

A Teo y Fernando, mis padres

Todos sentían una rabia constante, que se manifestaba en imprecaciones furiosas y en blasfemias. Vivían como hundidos en las sombras de un sueño profundo, sin formarse idea clara de su vida, sin aspiraciones, ni planes, ni proyectos, ni nada...

La Lucha por la vida (La Busca), Pío Baroja

*Desde entonces, no he dejado de oír en mis sueños aquellos gritos en el bosque.
No he dejado de ver a mi amigo y a mi maestro desaparecer por la curva de
aquel camino...*

1

Mayo-1969

Juan nunca había visto una cárcel de las de verdad. Su única referencia eran las películas americanas, esas en las que los presos suelen ser héroes, los carceleros verdugos y el director de la prisión el malo de la película. En el cine había visto que el preso hablaba con su familia a través de una enorme mampara de cristal, una mampara en la que el preso colocaba su mano abierta y al otro lado su novia la cubría con la suya tratando de transmitirle ánimo. Juan esperaba también esa mampara, los carceleros crueles, el malvado director, los sufridos y orgullosos presos, pero solo encontró el color gris por todos los lados, el de las paredes, el de los suelos, el de los uniformes, el de los barrotes y el del cielo de Madrid.

Ese día de finales de mayo, el llamado mes de las flores por los curas de su colegio, había nacido gris; tan gris como los ojos de Don Dionisio que, encerrado en algún lugar de aquella cárcel, seguramente estaría mirando al suelo mientras manoseaba su barba pelirroja y vagaba con el pensamiento por otros tiempos mejores en su vida o por las historias de aventuras de alguno de sus libros favoritos.

Juan y su padre se bajaron del autobús y tuvieron que preguntar a varias personas para poder dar con el camino a la cárcel. Sintió la mirada de

desconfianza de todos ellos cuando su padre pronunciaba la palabra cárcel, la misma mirada que puso aquel tipo con aspecto de jubilado de barrio que por fin supo señalarles el camino.

Su padre había sido muy amable al acompañarlo, porque nunca habrían dejado que un chico de trece años entrara solo a ver a un preso. Al principio, cuando le propuso que lo acompañara, su padre reaccionó como la mayoría de los padres, diciéndole que no se metiera en líos, que aquel no era su asunto. Y es que la mayoría de los padres de aquel tiempo habían aprendido muy bien esa lección de no mirar hacia los lados, ni al frente, ni hacia atrás, solo hacia abajo. Sin embargo, su padre se conmovió cuando a Juan se le humedecieron los ojos y agachó la cabeza para ocultarlos. Entonces se sintió orgulloso de que su hijo se preocupara por otra persona, dejó de echarle el sermón, guardó silencio, le tocó en el hombro y le preguntó:

- ¿Dónde dices que está tu profesor de Literatura?

Tras esa pregunta, Juan ya supo que su padre le acompañaría hasta la cárcel y volvió a sentirse orgulloso de él, como cuando era un niño y paseaba por el barrio agarrado de su mano y veía que los demás lo saludaban con respeto y con afecto; como cuando lo visitaba en el taller y lo veía revivir el motor de un viejo camión. Hacía algún tiempo que Juan ya no sentía esa sensación de admiración por su padre. Lo que antes le parecían manos robustas, de repente pasaron a ser dedos callosos y uñas llenas de restos de grasa; lo que antes le parecía sabiduría en sus palabras, ahora solo le parecía limitación. Juan fue consciente en aquel instante de lo injusto que había sido con su padre en los últimos tiempos. Solo por el hecho de estudiar latín y ecuaciones de segundo grado, de

discutir con sus compañeros de la política nuclear de los americanos y de los rusos, de leer a Dumas o a Stevenson o de conocer a gente culta como Don Dionisio, nunca debía haberse alejado de su padre.

Juan y su padre siguieron las indicaciones del jubilado y comenzaron a andar por el borde de una carretera que fue dejando atrás las casas y a adentrarse en un enorme descampado. Miles de margaritas, de amapolas y de malvas surgían por todos los lados y coloreaban el gris con que había amanecido aquel día. Iban a tener razón los curas de su colegio con eso del mes de las flores.

Tras subir una pequeña colina comenzaron a ver surgir de entre las flores un enorme edificio rojizo. La cárcel se extendía en medio del descampado como una gigantesca mano abierta de ladrillo y hormigón, apartada de las casas decentes por un gran muro.

Comenzaron a cruzarse con gente cabizbaja y triste y un hormigueo comenzó a crecer en el estómago de Juan. Estuvo a punto de darle la mano a su padre, pero en el último instante recordó que ya tenía trece años y solo lo miró de reojo. Le vio con la mirada al frente, serio, expectante, probablemente preguntándose qué demonios estaba haciendo allí, pero resuelto a ayudar a su hijo.

De la fachada principal de la cárcel emergían hacia el frente dos enormes alas de ladrillo que formaban una profunda U en la que se fueron adentrando poco a poco, como por la entrada a un túnel. Al subir las escaleras que llevaban hasta la puerta, Juan miró hacia arriba y vio unas enormes letras que advertían a todos de dónde estaban a punto de entrar. Su padre tiró de la pesada puerta metálica

y entraron a un frío vestíbulo con una pequeña mesa de madera en un lado, donde un policía atendía a los recién llegados.

- ¿Qué desean?
- Verá usted... señor agente... – El padre de Juan carraspeó nervioso –. Veníamos a ver a un preso.
- ¿Nombre?

El padre de Juan miró a su hijo esperando la información.

- Don Dionisio... Dionisio O’Kean – dijo Juan.

El policía ojeó un listado, pero, como no parecía encontrar el nombre, Juan intervino para ayudarlo.

- Hace poco que está aquí, igual no está aún en esa lista... – Su padre lo miró asustado por su osadía y con un gesto le rogó que se callara en tanto el policía no les preguntara.
- Ya..., pasen y pregunten adentro.

Se dirigieron a la siguiente puerta, tiraron de ella y se encontraron ante una enorme sala de paredes grises y techos altos, sin ninguna decoración en las paredes salvo la foto de eterna madurez del Generalísimo, que colgaba detrás de un viejo mostrador de madera. Allí, otro policía de uniforme gris se confundía con el fondo de la pared que tenía detrás. En el resto de la sala, decenas de personas, la mayoría de pie, esperaban en completo silencio. Al verlas, Juan y su padre comenzaron a intuir que aquello no iba a ser nada fácil.

El policía gris estaba perdiendo la paciencia con una familia gitana que cubría todo el frente del mostrador. El que hacía de portavoz de la familia insistía en su petición, aludiendo a los buenos sentimientos del agente. Varias mujeres apostillaban continuamente sus palabras en un guirigay que retumbaba en las paredes desnudas de la sala.

- ¡Ya les he dicho que hoy no puede ser, coño!

El exabrupto del policía animó a los gitanos a cerrar el pico en seco y, tras un par de segundos de vacilación, comenzaron a retirarse hablando ruidosamente entre ellos. Entonces el policía se puso a recolocar los papeles de su mesa mientras murmuraba un taco tras otro.

Juan miró nervioso a su padre. El hormigueo de su estómago ya se había transformado en unas tremendas ganas de ir al váter. Su padre parecía estar en otro mundo, concentrado en lo que tenía que decir, y Juan observó que le temblaban las manos.

- Dígame – la voz del policía no sonó amable.

- Buenos días, señor agente... – el padre de Juan volvió a carraspear nervioso –, veníamos a ver a Dionisio...

- O’Kean – añadió Juan.

- Lleva poco tiempo aquí – aclaró el padre de Juan ante las cejas enarcadas del policía.

- ¿Cuánto? – preguntó el policía –. ¿Cuánto tiempo? – añadió impaciente ante la cara de duda del padre de Juan, que volvió a mirar a su hijo buscando ayuda.
- No sé..., solo unos días – dijo Juan.

El policía buscó en uno de los listados que tenía en la mesa y con el dedo recorrió las hojas.

- ¿O... qué?
- O’Kean... O, K, E, A, N
- ¿Y este qué coño es?, ¿inglés?
- No, de Córdoba – respondió el muchacho.
- Joder, pues para ser de Córdoba mira que tiene un nombre raro el tío. Okean, Okean,... Sí, aquí está el tal Okean. ¿Son ustedes familia?
- No – dijo simplemente el padre de Juan.
- ¿Y entonces qué coño son?
- Somos amigos. Don Dionisio es mi maestro – dijo Juan.
- ¿Maestro?... ¡Ah, sí!, el maestro, el pelirrojo. Joder, pues vaya maestro que te has echao – dijo el policía mientras desviaba la mirada hacia el padre de Juan –. Está bien... documentos.

El padre de Juan se quedó parado sin saber a qué se refería exactamente y eso hizo volver a recordar al policía que aquel no era su mejor día.

- ¡Carnés de identidad, joder! – Lo último que le podía ocurrir aquel día era tener delante a un par de pardillos primerizos.

El padre de Juan buscó nervioso en la cartera y le entregó el carné de identidad.

- ¿Y el niño? ¿Es su hijo?
- Sí, es menor, solo tiene trece años.
- Bien, pues dígame el nombre.
- Juan Antonio Aurora – dijo Juan adelantándose de nuevo a su padre.
- Vaya, qué casualidad, exactamente como se llama tu padre – dijo el policía socarronamente, mientras miraba el carné de identidad – Pues anda, dime el segundo.
- ¿El segundo? – balbuceó Juan.
- ¡El segundo apellido, coño!... Joder, que día llevamos.
- Marqués – se adelantó el padre de Juan.
- Márquez – apostilló el policía, mientras comenzaba a escribir.
- No, señor agente, Marqués, con “s” al final y el acento en la “e” – lo corrigió Juan, consiguiendo una nueva mirada de terror de su padre.
- Marqués, Márquez... ¡Y qué más da! ¡Hala!, esperen ahí hasta que los llamen.

- ¿Esperaremos mucho? – preguntó el padre, y ahora fue su hijo el que lo miró preocupado por tentar al mal humor del policía –. Verá, es que he pedido permiso en el taller y...– pero el policía ya no le contestó.

Se alejaron del mostrador hacia el rincón menos ocupado de la sala y comenzó una larga espera.

Juan comenzó a estar cansado de estar allí de pie sin hacer nada y callado. Lo que al principio fueron lentos movimientos de la punta de sus pies jugando con los rebordes de las baldosas del suelo, se transformaron en pequeños pasos hacia adelante y hacia atrás y terminaron en cortos paseos de un lado al otro de la sala. Mientras tanto, su padre permanecía quieto y en silencio apoyado contra la pared. A veces miraba a Juan y le hacía algún pequeño gesto indicándole que se estuviera quieto. Entonces Juan ralentizaba sus movimientos, pero no tardaba mucho en reiniciar sus paseos por aquel mundo desconocido que avivaba su curiosidad.

En sus paseos, Juan observó a la gente sentada en los bancos situados a lo largo de las paredes. La mayoría eran mujeres, mujeres de mediana edad, mujeres de ropa discreta, de mirada perdida en el suelo, que sujetaban el asa de un bolso entre sus manos. De tanto en tanto, esa imagen regular se rompía y aparecía una anciana de ropas negras, de mirada triste y cansada, acompañada de un anciano de rostro duro que apoyaba sus manos en las rodillas. En uno de los rincones, una mujer, de ropas coloridas y labios excesivamente rojos, acababa con la monotonía. Con las piernas cruzadas, mostraba desenfadadamente unos muslos que atrajeron la mirada furtiva de Juan. El muchacho se dio cuenta de que no solo era él quien buscaba con los ojos los

hermosos muslos de la mujer. Como si estuviera al margen de tanta mirada, ella apoyaba sus manos cruzadas sobre las rodillas y movía desenfadadamente su pierna hacia delante y hacia atrás. En uno de sus paseos, al pasar junto a la mujer, Juan volvió a mirarla y se encontró de lleno con sus ojos. Un calambre recorrió al muchacho y encendió su cara y le hizo huir a paso lento y disimulado hacia el rincón contrario, donde estaba su padre.

- ¿Todavía no han llamado a nadie?
- No – le respondió su padre.

De repente, una pequeña agitación removió a la gente que se encontraba junto a una de las puertas que comunicaban la sala de espera con las dependencias interiores del edificio. Juan y su padre miraron hacia allí. Un policía entró en la sala con un papel en la mano y se dirigió al mostrador donde estaba el otro agente. Hablaron entre ellos y el policía del mostrador comenzó a decir nombres de presos. Tras cada nombre un número. La gente se arremolinó ante la puerta de acceso al interior y comenzó a desaparecer por ella.

La sala de espera se aligeró de gentío y se hizo aún más fría y gris que al principio. La mujer de las piernas hermosas había desaparecido de su lugar en el banco. Juan la buscó por el resto de la sala, pero no la encontró. Ya no quedaba en la sala nada que mereciera ser observado, así que comenzó de nuevo a jugar con las rayas de las baldosas.

Hacia las doce, el policía por fin nombró a Don Dionisio. Juan y su padre se dirigieron rápidamente hacia el mostrador, donde el policía les dijo que debían buscar el locutorio número 12. Traspasaron una puerta por la que se accedía a

un largo pasillo y siguieron a los que les precedían. La curiosidad de Juan fue husmeando en el interior de las habitaciones que se iba encontrando a un lado y al otro del pasillo. En alguna de ellas, un policía atendía los papeles de su escritorio. Por fin salieron a un pequeño patio y entraron a otro edificio con dos largos pasillos a cada lado. Un nuevo policía con bigotito comenzó a filtrarles tras preguntarles el número del locutorio.

- ¿Su número?
- El doce
- Al fondo a la izquierda

Entraron en el pasillo que tenía puertas a derecha e izquierda. Ninguna de las puertas tenía hoja y encima de cada una de ellas había un número. Cuando Juan vio el número 12, de nuevo sus tripas se llenaron de nervios y su mente repasó las preguntas que había venido a hacer a su maestro. Su padre entró primero. La habitación se dividía en dos por unos barrotes que llegaban desde el suelo hasta el techo. En el lado donde debería estar el preso solo había una silla vacía. Ninguno de los dos se sentó en la única silla que tenían en su lado. Juan seguía ofuscado tratando de pensar en cómo se lo iba a preguntar a Don Dionisio. Entonces miró a su padre y eso le dio tranquilidad. De repente, oyeron que alguien decía “al doce” y los dos fijaron su mirada en el hueco de la puerta del otro lado de las rejas.

Don Dionisio entró por su puerta. Vestía camisa y pantalones azul oscuro, llevaba las manos esposadas y su cabello pelirrojo estaba demasiado largo y

mucho más revuelto de lo que era habitual. Su barba rala, y siempre descuidada, alargaba exageradamente su barbilla a fuerza de haber sido manoseada.

Don Dionisio se quedó parado según pasó el umbral de la puerta. En el primer instante se quedó perplejo al fijar la mirada en el hombre que tenía enfrente y que no reconocía, pero luego bajó su mirada hacia el niño y se sorprendió por lo contrario.

- ¿Aurora? ¿Qué hace usted aquí? – Don Dionisio volvió a mirar al padre de Juan, buscando la explicación del adulto.

Tratando de componer su respuesta, tratando de preparar sus preguntas, en los segundos que tardaron sus palabras en diseñarse en su cerebro y viajar hasta su boca, pasó por su mente todo lo sucedido en los últimos meses, desde aquel primer día de curso del pasado septiembre, cuando vio entrar por la puerta de la clase a su nuevo profesor de Literatura...

Dionisio, Don Dionisio, el Dioni

2

Septiembre – 1968

Aquel primer día de curso, entró por la puerta de la clase de 4ºB de Bachillerato un hombre que no representaba el modelo de profesor que podía esperarse en un colegio de curas. Vestía una chaqueta de espiga verde clara, arrugada como

sus anchos pantalones negros, que caían excesivamente sobre unos zapatos polvorientos. Sobre su camisa blanca, también arrugada, se descolgaba una corbata de color indefinido, de nudo desajustado, permanentemente torcido hacia un lado. Su cabello pelirrojo, ralo y revuelto, conjuntaba con su barba de la misma textura y color, que alargaba una cara pálida, de pómulos algo salientes y con una pequeña verruga en el lado izquierdo. El maestro portaba un periódico enrollado bajo el brazo izquierdo y un maletín de cuero negro, viejo y magullado, en la mano derecha.

Mientras todos los alumnos se levantaban en la actitud de obligado respeto que el colegio les había imbuido desde el primer día de su ingreso, el maestro recorrió los escasos diez metros que separaban la puerta de la clase y su mesa y mostró su característica más peculiar, aún más que las arrugas de su vestimenta, que su pelo zanahoria o su barba de mosquetero: ese caminar característico y reconocible a la legua, en el que doblaba de manera ostensible sus rodillas al final de cada paso para luego impulsarse impetuosamente hacia arriba en el siguiente.

El maestro se sentó, dejó el periódico y el maletín sobre la mesa, se echó hacia adelante, apoyó los codos, entrelazó las manos y empezó a retorcérselas mientras miraba hacia los alumnos con sus tiernos ojos claros a través de unas grandes gafas de montura cuadrada.

- Buenos días. Mi nombre es Dionisio. Soy vuestro profesor de Literatura.

Una nueva faceta de su imagen se mostró al abrir la boca. De su dentadura, algo amarillenta, se observaba claramente la falta de un par de premolares superiores

del lado derecho y su voz era ronca y profunda, sin llegar a ser desagradable. Hablaba pausadamente, arrastrando las palabras, aburrido por tener que realizar aquella presentación rutinaria que debía hacer todos los años.

Incómodo con la postura inicial, mientras continuaba contando sus planes, se echó hacia atrás recostándose sobre la silla, cruzó una pierna sobre la otra y comenzó a atusarse la barba. Los chavales comenzaron a compartir las miradas de sorpresa que les producían las rarezas que observaban en aquel maestro y en sus rostros apareció alguna que otra sonrisa. Don Dionisio se repanchingó decididamente en su silla, mientras no cesaba en sus jugueteos con la barba, y comenzó a advertir a sus nuevos alumnos, sin demasiada convicción, sobre todo lo malo que podía sucederles si no se atenían a las reglas que les iba dictando y si no estudiaban todo lo que de ellos se esperaba. Las sonrisas aún insonoras se fueron multiplicando entre los muchachos.

- ¡Qué!, ¿les parece muy gracioso lo que les estoy diciendo?

El silencio se extendió por la clase como la onda expansiva de una bomba y comenzaron a oírse leves crujidos, pequeños roces, inicios de carraspeos, todos esos ruidos que surgen del tenso silencio de una clase llena de chavales.

- Ya veremos si se ríen tanto cuando les caiga el primer cero.

Don Dionisio no daba miedo. Esa misma frase, dicha por cualquiera de los otros profesores que habían pasado ese día por allí, habría intimidado a la mayoría, salvo a los de siempre. Algo en el tono de voz de Don Dionisio, en su actitud, en sus posturas, descafeinaba sus amenazas, las dejaba sin alma, sin sustancia, las dejaba en simples palabras puestas una detrás de otra, palabras que se

derrumbaban como azulejos mal pegados cuando llegaba el punto final de la frase. A pesar de ello, por ser las primeras que hacía Don Dionisio, aquellas amenazas mantuvieron, al menos, la apariencia de advertencias y consiguieron a cambio el silencio de los chicos durante lo que quedaba de clase.

Cuando Don Dionisio salió por la puerta del aula, impulsado como un muelle en sus largas zancadas, a un instante de silencio le siguió una carcajada general que había estado esperando a presión en el pecho de cada uno de los muchachos.

Juan había participado como el resto de sus compañeros en aquella explosión de risa tras la salida de Don Dionisio. Ninguno estaba acostumbrado a aquel tipo de profesor. Hombres grises, tras gafas negras y corbatas estrechas y oscuras perfectamente anudadas, de andares y gestos comedidos, casi constreñidos, se intercalaban con curas viejos con sotana y alguno más joven que tímidamente había sustituido el saco negro por el jersey y los pantalones grises. Todos de la misma especie, todos en la gama oscura del espectro.

Inmediatamente comenzaron los comentarios entre los compañeros sobre las peculiaridades del profesor de Literatura: que si mira cómo anda, que vaya cómo habla, que si has visto cómo le cuelgan los pantalones, ... Los cinco minutos de espera hasta la siguiente clase fueron un revoltijo ruidoso de chanzas sobre el personaje.

- Don Dionisio, Don Dionisio, ¡vaya nombre!
- ¡El Dioni! – gritó uno por encima de todo el jaleo.

Todos rieron alborozados la gracia, justo en el momento en el que entraba por la puerta uno de los de la especie oscura, que con una simple mirada tras sus gafas negras terminó de raíz con el pitorreo.

En unos segundos estruendosos todos corrieron hacia sus pupitres y se mantuvieron de pie, casi firmes, en perfecta formación de revista. Sin embargo, a pesar del tránsito soporífero de la siguiente hora a través de los insondables caminos de las matemáticas, nadie olvidó lo de “El Dioni” y al salir de clase ya todos se referían al nuevo profesor de Literatura con ese mote e imitaban su forma de andar y cómo se atusaba sin parar la barba. Después de todo, teniendo en cuenta la fina creatividad de los chavales de aquella clase para eso de los motes, Don Dionisio podía considerarse afortunado. “Dioni”, una simple contracción de su nombre, un diminutivo gracioso, sin alusión a las facetas menos positivas de su físico, de su carácter, de sus costumbres o de su aliento. “El Dioni”, la metamorfosis del serio y distante “Don Dionisio” en alguien más cercano, más sencillo y familiar, menos engolado y estirado, más natural, más auténtico. Así era en realidad el Dioni, aunque permanentemente intentara representar a Don Dionisio frente a los alumnos, buscando su respeto y su silencio; pero Don Dionisio era un malísimo actor y eso los adolescentes lo notan rápidamente y no tardan en aprovecharlo.

El siguiente día de clase con Don Dionisio comenzó como el anterior, el maestro entrando por la puerta con su caminar ondulante, con la misma chaqueta, con los mismos pantalones, con la misma corbata y su nudo exactamente en la

misma posición torcida, y los chicos levantándose ruidosamente aplicando las arcaicas reglas del colegio.

Don Dionisio se sentó, volvió a dejar el periódico y la cartera sobre la mesa y todos los presentes, en un perfecto silencio, provocado más por la curiosidad que por el respeto, se quedaron esperando una nueva actuación del personaje.

Don Dionisio miró a su público desde detrás de su mesa, torciendo ligeramente la boca en una media sonrisa sarcástica, allí por donde le faltaban las muelas, y, tras un breve silencio, comenzó su representación.

- Vaya, qué tranquilos y obedientes les veo a ustedes hoy – Una risa general recorrió la platea –. Vale, vale, no pierdan la compostura que estaban ustedes muy guapos calladitos.

En medio de nuevas risas, ya menos sonoras, Don Dionisio cogió su maltrecho maletín, sacó unas hojas, las desplegó ante sí y comenzó a pasar lista. Tras cada “presente” de los alumnos, Don Dionisio bajaba ligeramente la cabeza, los observaba detenidamente por encima de sus gafas y se atusaba la barba. El maestro aseveraba su observación con un expresivo “Ajá”, no se sabe si de sorpresa o de aprobación, o repetía el apellido del alumno entonándolo, subrayándolo, mientras movía afirmativamente la cabeza, y emitía un sonoro “Hum...” y se quedaba un instante pensativo.

El maestro no tardó en llegar a Juan.

- Aurora, Juan Antonio.

- ¡Presente!

- Ajá..., Aurora... Aurora... Hum...

Juan creyó que iba a añadir algo más, pero el profesor siguió su listado con sus “Ajás” y sus “Hums” de rigor. Cuando llegó a los interminables “Garcías”, tanto “Ajá” y tanto “Hum” impulsó primero a los chavales a imitar con gestos cada expresión del maestro y luego a que comenzaran a corear cada “Ajá” y cada “Hum” en un ligero murmullo. Entonces Don Dionisio se detuvo y levantó la cabeza. No era muy habitual en aquel colegio de curas que los primeros días de clase los alumnos bromearan de esa manera con un profesor.

- Lo que yo decía, que son ustedes unos graciosillos y voy a tener que poner unas cuantas rosquillitas como vuelva a oír un murmullo.

De nuevo llegó el silencio, no fuera a ser verdad que alguno se estrenara en Literatura el segundo día de clase, y Don Dionisio fue llegando al final de la lista.

- Zapata... Francisco.

- ¡Presente!

- Ajá..., Zapata... Zapata... ¿Saben ustedes lo que significa? – Los chavales se sorprendieron ante aquella repentina ruptura con el ya acostumbrado “Hum” tras cada nombre y se miraron sin tener claro a qué se refería exactamente el Dioni.

- ¡La mujer del zapato! – voceó uno, provocando la carcajada general.

- Ya... ¿Y usted quién era? – preguntó Don Dionisio al espontáneo.

- ¿Yo?... José Franco.

- Vaya, Franco... Hum... qué nombre tan ilustre – dijo don Dionisio torciendo la boca en tono sarcástico. Solo algunos cazaron la gracia y sonrieron en un breve murmullo –. No me lo diga... Franco..., usted es el gracioso de la clase.
- Sí, lo es – dijo otro, y todos rieron nuevamente.
- Vale, y aparte de la mujer del zapato, ¿alguien más tiene una idea menos original? – Nadie movió un músculo –. A ver, Franco, ¿es que no tiene usted bicicleta?

Franco no dijo nada, simplemente levantó los hombros para indicar que no entendía qué tenía que ver eso con lo de “Zapata”.

- La zapata de los frenos – se adelantó Juan.
- Vaya, un tío listo. ¿Y usted era? – dijo el maestro.
- Juan Antonio Aurora
- Ah sí... Aurora... Aurora... ¡Ajá!... Aurora. Bonita palabra.
- ¡Aurorita! – Otro gracioso desde el fondo de la clase intervino provocando otra vez el cachondeo.
- Vaya, están ustedes sembraos – saltó Don Dionisio –, y ahora ¿quién es el ocurrente?
- Churruca... Pedro Churruca

- ¡Ay va!, otro nombre ilustre. ¿Pero es que esta clase es un reducto de la historia insigne de España? – volvió a decir Don Dionisio con ironía –. A ver, ¿qué tiene de gracioso eso de “Aurorita”?
- Aurora es nombre de chica, ¿no? – contestó Churruca, mientras miraba al resto de compañeros buscando su aprobación.
- Ya... ¿Y?
- No sé... pues eso: ¡Aurorita! – dijo Churruca levantando las cejas y abriendo las manos.
- Pues eso, pues eso – dijo Don Dionisio con un gesto de burla, que provocó las risas en la clase –. ¿Y aparte de ser nombre de chica, sabe usted el significado de la palabra?

Churruca frunció los labios y negó con la cabeza.

- ¿Alguien lo sabe?

Juan sabía perfectamente lo que era la aurora. Su abuelo usaba esa palabra en el pueblo cuando hablaba de la hora en la que tenía que levantarse para ir a trabajar al campo. La aurora, la luz del amanecer. A Juan siempre le había gustado la palabra, no porque fuera su apellido, quizás porque amaba las mañanas, los amaneceres. Nunca había sido perezoso a la hora de levantarse y había visto muchas veces salir el sol detrás de los riscos cuando acompañaba a su abuelo a regar al huerto o a su padre de caza. Disfrutaba del frescor en su cara mientras veía los primeros rayos de sol salir disparados hacia el cielo, como el haz de cientos de linternas, y se sentía feliz caminando por encima de la hierba

empapada de rocío, viendo cómo se le mojaban las puntas de sus botas. Claro que sabía lo que significaba la palabra aurora, pero Juan decidió no levantar la mano para no parecer demasiado listillo.

- ¿Nadie lo sabe? ¿Ni siquiera usted, señor Aurora? – Juan se mantuvo en silencio –. Bien, veo que aquí hay muchos ignorantes, algunos de ellos... ilustres ignorantes – el Dioni miró de reojo a Franco, provocando de nuevo tímidas sonrisas –, por eso, para empezar, voy a encargarles un trabajito para mañana.

Un tímido ¡Nooo!, como un murmullo multitudinario, resonó en el aula.

- ¡Ah!, además de ilustres ignorantes aquí hay mucho vago. Pues eso hay que arreglarlo – dijo Don Dionisio mientras se movía pausadamente con sus grandes zancadas de un lado al otro de la clase –. Vamos a ver... Mañana quiero que cada uno de ustedes traiga escrito en un papel el significado de su primer apellido y... además....
- ¡Nooooo!
- Y además... – Don Dionisio señaló con el dedo índice al auditorio y lo paseó de un lado al otro –. Y además quiero que elijan un personaje histórico que también tuviera ese apellido o ese nombre y escriban brevemente lo más importante de ese personaje.

Un muchacho del fondo levantó el brazo.

- ¿Y usted era? – preguntó el maestro.
- Pérez, Antonio Pérez.

- ¡Ajá!... ¿Y qué le pasa a usted señor Pérez?
- Es que mi apellido... bueno... es muy vulgar.
- Se equivoca Pérez, no hay apellidos vulgares, hay apellidos comunes. Solo hay personas vulgares, por muy ilustre que sea su apellido, y mi obligación es ayudar a que ustedes no lleguen a ser vulgares. Todos los nombres son importantes, todos significan algo y casi todos han representado a algún personaje que ha sido famoso, algunos para bien y otros para mal. Así que no hay excusas. Todos, he dicho todos... – dijo Don Dionisio enfatizando sus palabras y recorriendo con sus ojos claros y el dedo índice en ristre a todos los chavales –... deberán hacer este pequeño ejercicio.
- La madre que le parió al Dioni – le susurró el compañero de pupitre a Juan.

En el recreo, el grupo dominante de la clase arreciaba contra el Dioni. Juan comenzó a desenvolver el bocadillo de chorizo que le había preparado su madre y se acercó a escuchar en segunda fila junto con algún otro.

- “Solo hay personas vulgares” – decía uno en tono sarcástico –. Joder, el Dioni sí que es vulgar: ahí, con los pantalones medio caídos y la corbata que parece una sogá alrededor del cuello. ¿Pero de dónde ha salido este tío? No me jodas.
- El muy mamón, mira que mandarnos tarea el primer día de clase. Pero si no lo ha hecho ni el cabrón del Muerto.
- Sí, sí. Ahí, haciendo gracias, pero luego va y te la clava, el mamonazo. ¿Y tú, Chino, qué vas a hacer?

Todos miraron a Fernández, el Chino, apodado así por sus ojos negros, pequeños y rasgados, aceptado por todos como el matón del colegio. Todos esperaron su respuesta, como si fuera la Palabra de Dios.

- Yo paso. Me importa un huevo lo que signifique “Fernández” y lo que mande hacer ese imbécil.
- Pues a mí me parece interesante – se atrevió a decir Juan desde detrás –. Nunca nos habíamos planteado lo que significan nuestros nombres.

Los de la primera fila echaron la mirada hacia atrás buscando al disidente. Lo encontraron dando un potente bocado a su bocadillo de chorizo. En ese momento, Juan se dio cuenta de que debería haber mantenido su boca cerrada o dedicada solo a su bocadillo.

- Ni falta que hace Aurorita, macho – el Chino se acercó a Juan con gesto amenazante –. ¡Anda!, dame un trozo de ese bocata que te ha preparado tu mamita, que tengo hambre.

Juan ya había sufrido alguna vez las reacciones agresivas del Chino, así que alargó el brazo ofreciéndole el bocadillo.

- Coño tío, está bueno – dijo el Chino mientras masticaba el enorme bocado que había dado al bocadillo.
- ¡Eh, Chino! Pásamelo tío, que yo también tengo hambre – dijo otro del grupo.
- Espera tío, que le doy el último bocado – Y el Chino dejó diezmado el bocadillo.

- ¡Eh, tíos! ¡Ya vale!, que el bocadillo es mío – dijo Juan, repentinamente indignado.

- Las tías no comen chorizo, ¡Aurorita! ¡Venga Chino pásamelo!

Juan intentó arrebatarse el bocadillo al Chino cuando este se lo iba a pasar al otro chaval, pero el Chino se adelantó y se lo lanzó al otro por encima de la cabeza de Juan. Comenzaron a lanzarse de unos a otros lo poco que iba quedando del bocadillo, que fue desmenuzándose en cada lanzamiento. El último trozo de pan quedó en las manos del Chino y, con cara de asco, se lo lanzó a Juan a la cara.

- ¡Mira que eres mierda, Aurorita! – dijo el Chino con desprecio mientras comenzaba a sonar la sirena que daba por finalizado el recreo.

Juan se quedó quieto y asustado mientras el resto se alejaba. Juan no entendía por qué, a pesar de lo cabritos que eran todos los de ese grupito, la mayoría de la clase les reía las gracias y siempre estaba detrás de ellos. No lo entendía, pero sin embargo él participaba de esa estúpida e irracional admiración. Cuando Juan vio alejarse al Chino acompañado de sus matones vio con claridad que la iban a tomar con el Dioni. Eran de ese tipo de tíos que se ensañan con las buenas personas y con los débiles. Juan lo había visto y lo había sufrido en muchas ocasiones.

Todos salieron corriendo hacia el centro del patio y empezaron a formar las filas correspondientes a cada clase. Era el momento de los empujones, las zancadillas, los vaciles... hasta que el padre Prefecto tocó enérgicamente el pito en el centro de todo y el silencio y el olor a polvo inundaron el patio. Las filas

comenzaron a moverse y entonces solo se oyó el retumbar de los pasos sobre el cemento y algún que otro murmullo perdido.

- Mira el Mamón, mira cómo le gusta tocar el pito y ponernos firmes. Un día se lo voy a mangar.
- Cállate Chino que te va a oír y te va a empujar.
- Me importa un huevo.

Una tras otra, las filas fueron subiendo las escaleras que desde el patio daban acceso al edificio donde se encontraban las aulas y fueron desapareciendo por la gran puerta metálica negra. El patio quedó en silencio; solo un cura con sotana y alzacuello perfecto, de pelo muy corto y canoso, de nariz afilada y de orejas algo puntiagudas y ojos pequeños, que se escondían tras las obligadas gafas negras, permaneció en el centro del patio. El padre Prefecto, el padre Casimiro, el Mamón, como le llamaban los alumnos, observó las espaldas de los últimos que desaparecían por la puerta. Bien estirado, con las piernas abiertas y las manos detrás de su espalda jugueteando con la delgada cadena del silbato, permaneció inmóvil hasta que las pesadas hojas de la puerta se cerraron una contra otra en un estruendo de metal y cristal.